



le] Le veía a diario, en el tren, y le envidiaba por puro el vicio de la envidia, sin motivo, como si su peculiaridad bastara para atraer mi deseo de diferenciarle del resto; un anhelo maldito del que no he sabido librarme y que he sido incapaz de satisfacer por mis propios medios.

En ese tren había cosas por las que me sentía mucho más atraído: muchachas en flor, mujeres camino de la madurez y mujeres maduras que han logrado conservar intacto el aire que las rodea, en realidad, todas las mujeres. Pero desde que él se incorporó al convoy, todo lo suyo se adueñó de mis miradas furtivas. La razón era evidente: las mujeres, todas las mujeres se me antojaban inalcanzables, sin embargo él tenía algo a lo que yo (y cualquiera) podía aspirar, de hecho se trataba (así lo creía entonces) de una carencia, de la falta de lo que yo poseía y despreciaba, como se desaira todo lo que se disfruta sin esfuerzo.

Mi vida no vale nada, soy consciente de ello; no tengo amigos, no he formado una familia, no he sido amado, mi trabajo es rutinario y totalmente prescindible, carezco de aficiones y jamás he experimentado nada parecido a una vocación. Visto de este modo, nada tiene de particular mi fijación y el consiguiente proyecto. Es la primera vez a lo largo de mis 45 años, que he sido capaz de elaborar un plan con la premeditación que requiere el logro de un objetivo complejo.

Me admiraban sobre todo sus brazos, ¡tan fuertes!, y el brillo de los cromados, sometidos al pulimento cuidadoso y continuo del uso, que va hoyando el frío metal hasta dotarle de una calidez impropia y de una blandura engañosa.

Con el tiempo, la envidia no hizo sino crecer. Sonreía constante-

mente, como si su existencia fuera la mejor de las posibles, ejecutaba sus limitados movimientos con esa naturalidad que los años arruinan y, en el colmo de las incongruencias, su mirada se llenaba de luz cuando ella le acompañaba. Creo que la aparición en escena de su compañera precipitó los acontecimientos. A partir de aquel momento, el odio irrumpió con fuerza entorpeciendo todo, como cuando en una relación íntima se interpone un tercero y la proximidad va cediendo terreno a un fatal alejamiento.

Su felicidad me exasperaba, y donde antes había admiración, ahora reinaba sólo el más rabioso de los resentimientos, de modo que decidí que la determinación estaba tomada; sólo había que ultimar los detalles, valorar los riesgos y vislumbrar en suma la forma que adoptaría mi futuro una vez puesta en marcha la maquinaria.

Ser diferente, reducir la amplitud del grupo de pertenencia, con la esperanza de encontrar algún día en el espejo una sonrisa como la de ese hombre del tren. Esa era mi meta y por insólitos y extravagantes que puedan parecer los medios para alcanzarla, a mí me parecieron entonces de lo más natural.

No fue el miedo al dolor o a la muerte lo que me decantó hacia el fingimiento. Fue más bien el fundado temor a que el plan fracasara de un modo irremisible, por un simple error de cálculo. Arrojarle escaleras abajo, saltar desde un segundo piso o dejar que un autobús urbano me arrollara, eran opciones cuyas consecuencias no se podían prever; cabía desde una muerte segura o una tetraplejía, hasta unos molestos rasguños y moretones no invalidantes, pasando por toda la galería de lesiones posibles, incluidas las secuelas psíquicas que suceden a todo hecho traumático. Decididamente, la alternativa de la simulación, si bien planteaba algunas dificultades logísticas, era la más adecuada; resultaba totalmente segura, y por qué no decirlo, permitía dar marcha atrás en cualquier momento.



No obstante, durante algunas semanas más, mientras remataba los pormenores de mi nueva vida, seguí haciendo exactamente lo mismo que había hecho a lo largo de los últimos 25 años. Cada mañana, abordaba el tren de las siete, con la inconsciencia de quien se sabe seguro y a salvo dentro de un ritual infalible; y cada mañana, con unos ojos invariablemente hinchados por el sueño, le buscaba entre la gente para constatar su dicha, ya sin envidia, desde que había resuelto seguir sus pasos (si, dadas las circunstancias, se me permite la expresión).

Me repugnaban esos artefactos a motor, más bien me sentía atraído por los modelos simples, dotados de un cierto aire deportivo y caracterizados por la aparente sencillez de su manejo. Con la finalidad de practicar un poco antes de postrarme definitivamente en ella, había decidido adquirirla con anterioridad a mi traslado a Huesca, donde libre de cualquier atadura del pasado, iba a comenzar mi nueva existencia. Durante la semana, deambulaba por mi piso, comprobando las dificultades que plantean los reducidos espacios de las viviendas; y los domingos, la cargaba en el coche y me desplazaba hasta un polígono industrial de las afueras, en cuyas desiertas calles daba rienda suelta a mis cada vez mayores habilidades en la realización de arriesgadas maniobras.

Toda una vida dedicada al aburrimiento y transcurrida en soledad me había permitido ir acumulando casi con indolencia un pequeño capital, que sumado a la increíble cantidad obtenida por la venta de mi viejo apartamento del Borne, me convertía de la noche a la mañana, y del modo más inopinado en un modesto millonario. Convenientemente asesorado, calculé que sin grandes dispendios y en una ciudad más asequible que Barcelona, podría vivir de las rentas, los treinta años de vida útil que mi natural optimismo aún me concedía.

De Huesca no conocía nada más que un sucinto plano, la descripción que de la ciudad hace Antonio Gala en "La pasión turca" y un artículo de "La Vanguardia", según el cual es una de las ciudades más baratas del país. A través de una agencia inmobiliaria, alquilé por un módico precio un espacioso apartamento amueblado en la calle Del Parque. Antes de partir, vendí mi viejo coche y contraté los servicios de un taxi especial, que me llevó desde Barcelona hasta mi nuevo lugar de residencia. El taxista, habituado a tratar con personas discapacitadas y estimulado por una pingüe propina, se ofreció a transportar mi escasísimo equipaje hasta el piso. Como me habían asegurado, la finca carecía de barreras arquitectónicas y no me fue difícil, gracias al concienzudo entrenamiento previo, circular con naturalidad por los amplios pasillos, a bordo de mi flamante silla cromada.

Había decidido, al menos en los primeros tiempos, prescindir por completo de mis piernas, salvo en caso de extraordinaria necesidad; con el objeto de identificarme plenamente con mi papel y convertirme en un verdadero integrante de la comunidad minusválida de la ciudad de Huesca. Me había inscrito en la Asociación local de discapacitados, estaba suscrito a diversas publicaciones periódicas que recogían los problemas del colectivo al que ya pertenecía, había inventado un pasado de luchador antiguo, curtido en mil reivindicaciones, y en mis mejores sueños me veía al frente de la primera manifestación multitudinaria de sillas de ruedas, marchando sobre la capital para exigir el reconocimiento de nuestros derechos y la eliminación de todos los obstáculos urbanísticos.

Ahora lo recuerdo todo con esa ironía que matiza el desaliento. En mi memoria yace, sepultado bajo los acontecimientos de los últimos días, el rostro del hombre del tren, su rodar pausado por los andenes y la luz de su mirada proyectada sobre los ojos de su compañera. ¡Todo ha ocurrido de un modo tan distinto al que había previsto! No he tenido tiempo de habituarme, mi silla es aún fría y desapacible, y todavía ignoro si el camino que he elegido me alejará de la soledad.

Desde la cama sólo veo el cielo, un cielo azul y vacío en el que ni siquiera las nubes rompen la desoladora sensación de infinito. Hoy he recibido la visita de Carmen y, aunque creo que está enterada de todo, he tratado de ocultarle la verdad.

Le sorprendió que no acudiera a la cita, pero en cuanto leyó en la prensa la noticia del accidente, ató cabos y no paró hasta encontrarme en este hospital. Hemos conversado largamente mientras la penumbra de la tarde llenaba de sombras la habitación. Ha prometido volver mañana a la misma hora y me ha lanzado un beso desde la puerta. Es como si nos conociéramos desde siempre.

Si la memoria me es fiel, ocurrió así: había quedado con ella a las seis de la tarde en un café de la calle San Lorenzo. No quería llegar tarde a mi primera entrevista con la presidenta de la Asociación, así que salí temprano de casa. Provisto de mi plano,



deambulé durante un rato por el casco antiguo, después, cuando la hora de la cita se aproximaba, algo desorientado y dejándome llevar por una estúpida prisa, crucé el Coso Bajo a la altura de los Porches de Galicia. El autobús y yo nos ignoramos mutuamente, sólo recuerdo un golpe brutal y a continuación nada, el silencio.

Los médicos dicen que he vuelto a nacer, pero ya no volveré a caminar ♣